

www.alfaguara.santillana.es
Empieza a leer... Cabo Trafalgar



www.capitanalatraste.com

PRIMERAS PÁGINAS
Cabo Trafalgar

1. *La balandra Incertain*

El teniente de navío Louis Queennec, de la Marina Imperial francesa, está a punto de figurar en los libros de Historia y en este relato, pero no lo sabe. De lo contrario, sus primeras palabras al amanecer el 29 de vendimiario del año XIV, o sea, el 21 de octubre de 1805, habrían sido otras.

—Hijos de la gran puta.

La cubierta mojada de la *Incertain* se balancea bajo sus pies en la marejadilla, unas treinta millas al sudoeste de Cádiz. Poco más o menos. Comparada con la que va a caer de aquí a nada, la *Incertain* es una piltrafa náutica: una balandra de dieciséis cañones. Los ingleses la llaman cúter: cortador. Pero ya se sabe que los ingleses siempre fueron en exceso tajantes para sus cosas. Mejor balandra. Y encima, volviendo a lo de los cañones que artilla Queennec, a su balandra, o cúter, o como se diga, la han aligerado de cuatro para que navegue más veloz. Aun así, la embarca-

ción parece arrastrarse entre la niebla que gotea humedad por la jarcia y los puños de las velas. Cric, croc. Crujiendo al balancearse de banda a banda, como si gimieran sus cuadernas doloridas. Apenas hay viento, y sólo una brisa leve hincha a ratos las lonas que cuelgan como ropa sucia del palo y los estays, o agita la bandera mercante portuguesa izada en el pico de cangreja. La pirula de la bandera es normal. En el mar todos juegan sucio y mienten como bellacos.

—Hijos de la gran puta —repite el comandante.

Lo repite en francés, naturalmente. Fils de la grande putain, o algo así. Pero se le entiende. El timonel y el piloto, que están detrás, junto a la bitácora, se miran sin decir ni pío. El ayudante del piloto, que también está cerca, no se entera de nada porque es español. Como era de esperar, se llama Manolo y es bajito, moreno, con una sola ceja negra. De Conil de la Frontera, por más señas. Provincia de Cádiz, o sea, de allí mismo. Por eso lo han embarcado de ayudante sin preguntarle lo que opina al respecto. Por la cara. Manuel Correjuevos Sánchez, patrón de pesca, contrabandista, padre de familia. Lo típico. Para los gabachos, Manoló Coguegüevós. Cada vez que oye a uno de éstos llamarlo por su apellido, al ayudante del piloto le sienta como una patada en los mismos.

—Llámeme Manolo zi no le importa. Mezié.

Lo que no parece claro para el piloto ni para el timonel es a quién se refiere el comandante Quelennec cuando jura en arameo. El piloto, que se llama Kieffer, piensa tal vez que el comandante alude a quienes le ordenan estar allí

a tales horas, en el centro de aquella niebla matutina en la que no se ve más allá del propio carajo. En cuanto al timonel, que en el año I de la República fue un jacobino distinguido por su celo revolucionario, quizá se incline a pensar que su comandante se refiere a los cagatintas de los despachos del Ministerio de Marina en París, a los aristócratas camuflados y a los emboscados que no saben del mar sino que en él flotan barcos y hace olas, e incluso al almirante Villeneuve y a su peripuesta plana mayor de la maldita escuadra combinada, de la que la *Incertain* constituye instrumento de exploración y minúsculo apéndice. Aunque el comandante puede referirse también a los aliados españoles, esos oficiales de marina aristócratas (a España le iría de perlas una guillotina, opina), susceptibles y arrogantes, que con muchas cortesías y pase usted primero, señor, faltaría más, señor, llevan semanas tocándoles a todos las pelotas.

—Jodía niebla —dice el timonel para congraciarse con el comandante. En francés, claro. Algo así como salope de brouille, o algo por el estilo.

—Cierra el pico, mon garsón —ordena el piloto.

Por muy jacobino que haya sido, el timonel se mete la lengua en el ojete. Una cosa es tirar al agua oficiales maniatados, en Brest, el año I de la República, y otra tener encima a tipos duros como Kieffer y Quelennec en el año I del Imperio. El ayudante español del piloto, que no chamulla ni peñazo de guiri pero ha adivinado el sentido del diálogo, se rasca una ceja. O la ceja. Si a bordo de un barco español a alguien se le ocurriera dirigirse al comandante sin que éste le pregunte o sin pedirle permiso, con el paquete que le

metían iba a estarse jiñando de allí al apostadero de La Habana, Cuba. Justo al final de los alisios, pasadas las Azores, según se llega a mano derecha. A estribor.

En realidad el comandante Quelennec piensa en la escuadra inglesa. Lo han mandado a la mar para encontrarla como si tal cosa, vaya y búsquela y vuelva para contárnoslo, chaval; y la balandra lleva toda la noche navegando en zigzag, bordo para arriba, bordo para abajo, viendo a veces luces a lo lejos pero sin dar con ella, pese a que se estima que los cabrones de la pérfida Albión andan cerca, como una flota fantasma entre la niebla. Al menos eso señaló ayer por banderas el navío *Achille*, asegurando haber visto por lo menos dieciocho barcos enemigos al sudoeste de Cádiz. Resumiendo: la cosa consiste en echar un vistazo, contar palos y velas, y luego virar de bordo con mucha prisa y largar todo el trapo antes de que las fragatas o las corbetas, que son los cazadores de la escuadra británica, le echen a uno el guante y lo envíen al fondo a cañonazos; o lo que es peor, le hagan arriar la bandera y termine podrido en un pontón del Támesis, contándose los chinches. Reconocimiento visual o descubierta, llaman a eso las ordenanzas navales. Toca joderse, lo llaman los interesados. Cada uno habla en la Marina según le va.

—Parece que hay algo devant, mon capitain.

Quelennec también ha oído el grito del vigía de proa que le repite Kieffer, de modo que el guardiamarina Galo-

pin, que viene con el aviso, se cruza ya al comandante a la altura del bote, en la mediana, cuando aquél recorre a largas zancadas la cubierta resbaladiza de humedad. Antes de moverse ha tenido tiempo de oír a Kieffer interrogar a su ayudante español, quesquiliá ahí alant y todo eso, mon amí Coguegüevós, de la mer o de la tege comme les pommes de tege, viendo a éste torcer negativamente la cabeza antes de escupir un gargajo negro de tabaco, garps, a sota-vento de la brisa antes de responder que ná de ná, mezié (en boca del piloto, lo de mezié suena siempre a coña marinera, y posiblemente lo sea). Allí no hay otra coza que guater, o zea, agüita de la fuente: Juan Vela, Hazte Afuera y el baho de la Aseitera ehtán a levante cuatro legua. ¿Compranpá? Aun así, o tal vez precisamente por eso, Quelennec siente un hormiguelo de acojono cuando rodea la bomba de achique, pasa bajo el palo mayor y sigue camino barco adelante. Miedo. Canguelo. La trouille, dicen en su pueblo, que se llama Quiberon. No, ojo, a que de pronto le peguen un sartenazo de treinta y seis cañones a bocajarro (que son gajes del oficio), sino a meter la pata. A que la escuadra inglesa con gallardetes y con gaiteros tocando *Hearts of Oak*, y con toda esa chorrada de Britania cabalgando las olas y demás, le desfile por las napias, entre la niebla, sin que él la huela siquiera. Miedo a volver a la escuadra combinada haciendo el ridículo, y que los aliados españoles se le choteen en la cara, juas, juas, y que el almirante Villeneuve, ese perro estirado, inseguro y esnob, le vuelva la espalda sin dirigirle la palabra. Miedo a que el teniente de navío Louis Quelennec vea esfumarse la posibilidad de

cualquier ascenso, y que el mando de los navíos de línea de setenta y cuatro cañones con los que sueña cualquier oficial de marina comme il faut se lo den a los niños bonitos, a los enchufados y a los suertudos, y él se vea a cargo de una miserable balandra de dieciséis para el resto de sus días.

En fin. Eso es lo que tiene en la cabeza el comandante de la *Incertain* mientras se dirige a proa. Y al pasar junto a los cañones, cargados, firmes en sus trincas y asomando por las portas, comprueba que las mechas humean, que los baldes están listos y las balas limpias, engrasadas y dispuestas en las chilleras. Para ir más ligera en su misión de reconocimiento, además de dejar en Cádiz dos piezas de 6 libras y otras dos de 8, la dotación de la balandra se ha visto reducida a setenta y ocho fulanos tras desembarcar a algunos artilleros, cuatro enfermos de sífilis y uno de gonorrea, el sargento y los diecisiete fusileros de infantería de marina que figuran en el rol de a bordo. Grande poutade, por cierto. O como se diga. Quelennec habría preferido tenerlo todo y a todos allí, los sifilíticos y el de la gonorrea incluidos; pero a menos peso más rapidez. Más espidigonzález, como dicen en Gibraltar. Y lo que se le exige si se topa con los malos no es que combata, sino que ponga pies en polvorosa. Que ice cuanto trapo pueda, y corra como quien se quita avispas del culo.

Algunos hombres de la guardia de estribor hacen grupos mirando hacia la cortina de niebla; uno se ha encaramado por fuera de la mesa de guarnición, agarrándose a los obenques, y Quelennec le ordena en voz baja al primer contra-

maestre Tête-de-Mort que haga retirarse de allí a aquel subnormal antes de que se caiga al agua. Luego sigue camino, oyendo al otro increpar al marinero, decirle cretín, idiota y todo lo demás como pronuncian los franceses esas cosas, con mucho acento circunflejo y la boca pequeñita y redonda; todo lo contrario de los groseros suboficiales españoles, que animan a su chusma mentándole a la madre, te quitas de ahí, tontolpijo, o te arranco los huevos y me hago un llavero. Y así les va. El caso es que Quelennec sigue camino hasta la proa, donde el vigía está sentado a horcajadas sobre el palo macho del bauprés.

—Creí ver algo, mon capitain.

—¿Algo?... ¿Qué algo?

—Yenesepá.

Quelennec se apoya en el cabillero y pone toda su atención en la masa gris que la proa de la *Incertain* hiende. Nada. Ni una silueta, ni un ruido salvo el de la roda que bajo sus pies corta suavemente el agua. La bruma clarea un poco a cuatro cuartas por la amura de babor. También la brisa refresca, y la lona de los focos gualdrapa cada vez menos. Amurada a estribor, la *Incertain* lleva izados el foque, el petifoque y la enorme cangreja; y en la gavia del único palo el velacho se encuentra aferrado pero listo para soltarlo con rapidez, por si hay que largarse cagando leches. Quelennec se hurga la nariz y levanta la vista a la cofa, oscilante sesenta pies sobre su cabeza y apenas visible entre la bruma. No se atreve a gritarle al otro vigía que está arriba, con toda aquella niebla alrededor que cualquiera sabe lo que esconde; así que manda por los obenques al

guardiamarina Galopin, que tiene catorce años y trepa como un simio. Un momento después Galopin se desliza de nuevo abajo por el estay de la trinqueta, para llegar antes, y comunica que desde arriba se ve menos que por el culo de un muerto. Eso dice: el culo de un muerto. Le cul de un palmé. Incluso para la Marina francesa post-revolucionaria, imperial desde hace media hora, la expresión es demasiado libre. En otro momento, Quelennec habría reconvenido con dureza al joven Galopin, quesquesesá, monnant de la patri, demasiado suelto de una lengua que tarde o temprano le traerá problemas si vive lo suficiente para tenerlos; pero este amanecer otras cosas le ocupan la cabeza. Por algún lugar entre la *Incertain* y tierra navega una escuadra combinada francoespañola de treinta y tres navíos de línea, cinco fragatas y dos bergantines, esperando que la balandra regrese con su informe, y lo cierto es que lo del culo del muerto no es mala comparación. La vieja idea vuelve a preocuparlo. Podrían estar navegando por mitad de la flota inglesa, haciendo el cimbel y sin enterarse de nada.

—Hijos de puta —repite entre dientes.

—Nespá culpa nuestra, mon capitain —protesta el vigía de proa, creyéndose incluido en el paquete—. No se ve una auténtique merde con esta niebla.

—Ne te hé parlé a tuá, Berjouan. Métete en tus affaires.

El vigía se calla, gruñendo por lo bajini. Quelennec, que no necesita las Ordenanzas Navales para manejar a sus hombres, lo deja refunfuñar tranquilo. La brisa sigue refrescando, comprueba con alivio. No es supersticioso, pero sil-

ba un poquito para darle ánimos al viento. Fiu, fiu, fiu. El vigía lo mira de reojo, pero a Quelennec le importa un nabo. Más ridículo sería arañar las burdas, como hacen los ingleses, o rezar y persignarse como los españoles, que hasta para tomar un rizo a las velas enrollan a Dios y le rezan a San Apapucio y al copón de Bullas. Así que pasa un ratito más haciendo fiu, fiu. Lo justo, calcula, para que levante un poco aquella bazofia gris, se hinchen las lonas y él pueda cumplir con su obligación y con la Patrie, echando un vistazo decente audesús de la melé. Que ya va siendo hora.

—Está refrescando, mon capitain.

Es cierto. La brisa se hace más fresquita, entablándose de poniente cuarta al noroeste, y la niebla empieza a moverse en jirones ante la proa. Ahora las velas pintan en todo lo suyo, tirando de los garruchos que las sujetan a los estays; las escotas se tensan y el avance de la balandra se hace más perceptible y firme.

—Hay quelquechose devant —insiste el vigía.

Quelennec entorna los párpados, escudriñando la niebla, el oído atento. A veces se vuelve a observar de soslayo al marinero, que sigue mirando entre la cortina gris, impasible. No está allí por casualidad. Berjouan es el mejor vigía de a bordo, y se diría que tiene un sexto sentido para este tipo de cosas. Una vez, a la vuelta del Canadá y a unas cien millas del cabo Farewell, descubrió un iceberg entre

la niebla a dos cables de distancia. «Témpano», dijo (no era muy parlanchín, el jodío), y a todos se les paró el corazón mientras el timonel metía la caña a una banda y la *Incertain* pasaba rozando aquel monstruo blanco. Berjouan había olido el hielo, con un par, del mismo modo que a Quellenec le gustaría que hoy oliera a los ingleses.

—Vualá —dice el vigía.

Que se me caiga a pedazos, se dice Quellenec, si no tiene razón este oncle. La brisa sigue refrescando y se lleva la niebla, y entre las brechas que se abren en la cortina gris empiezan a definirse luces doradas y sombras. Hay una nube extensa y muy baja que recibe la luz por arriba y se mantiene oscura por abajo; y a medida que la balandra avanza ciñendo la brisa por la amura de estribor y se abren más claros, la parte blanca de la nube parece fragmentarse en formas trapezoidales, en docenas de cuadrados de tamaños diversos que un sol invisible a este lado de la niebla ilumina desde atrás. Entonces la *Incertain* avanza un poco más, la brisa se vuelve viento, y la extraña nube se fragmenta ante los ojos de Quellenec no ya en decenas, sino en centenares de trapecios y triángulos que no son otra cosa que velas. El grito del otro vigía suena alarmado arriba, en la cofa, justo cuando el de proa se queda tieso, incapaz como su comandante de articular palabra, viendo cómo la parte baja y oscura de la nube se multiplica, se convierte en innumerables cascos de buques con franjas negras, amarillas y blancas, una escuadra inmensa, navíos de línea de dos y tres puentes que navegan con rumbo sursudoeste y el viento de través, todas las velas desplegadas,

flanqueados por las fragatas de observación que se mueven en torno, como perros guardianes de un peligroso rebaño.

—Hijos de puta —confirma al fin Quelennec, cuando recupera el habla.

Está inmóvil, los ojos muy abiertos. Nunca había visto tantos barcos enemigos juntos en su húmeda vida. Y habría seguido así vaya usted a saber cuánto tiempo, si en ese momento no hubiese aparecido un resplandor en el flanco de la fragata más cercana: un fogonazo silencioso cuyo estampido llega un momento más tarde, a la vez que el desgarrador crujido de una bala de cañón pasa haciendo raaaaca por encima de la *Incertain* y va a perderse detrás, donde aún persiste la niebla.

—¡Cuéntalos, Berjouan!... ¡A virar!... ¡Todos a virar!

Para entonces Quelennec ya se dirige a popa procurando no correr, gritando esas y otras órdenes, mientras los marineros acuden a las brazas, los gavieros trepan por los flechastes, los artilleros se agrupan junto a sus cañones, y el teniente de fragata De Montety, segundo de a bordo, asoma la cara soñolienta y desconcertada por el tambucho.

—¡Preparés pour largar le velaché!... ¡En cuanto vire!

Un segundo fogonazo de la fragata, y luego un tercero procedente de uno de los navíos grandes que se encuentran más próximos, a menos de media milla, envían dos nuevas balas que hacen rugir el aire junto al palo de la *Incertain*. Raaaaca. Raaaaca.

—Hihosdelagranputa.

Esta vez el comentario viene, obviamente, de Manoló Coguegüevós, el piloto español, mientras se agacha tras el

timonel. Uno de los cañonazos casi le ha hecho la raya en medio del pelo antes de caer por la aleta, levantando una columna de agua.

—¡Izad nuestra drapeau! —vocifera Quellenec.

El guardiamarina Galopin arría la inútil bandera mercante portuguesa, que apenas les ha concedido tres minutos de cuartelillo, e iza en su lugar el pabellón tricolor: Liberté, égalité, etceteré. De Montety, en mangas de camisa y quitándose las legañas con una uña, ya está en su puesto junto a la bitácora y grita órdenes de maniobra. El primero y el segundo contraмаestres azuzan a los hombres en cubierta, y el jefe artillero Peyreguy apresta la batería de babor. Hay prisa y nervios; pero los hombres llevan año y medio navegando juntos, y Quellenec sabe que todos conocen su oficio. De un vistazo calcula rumbo, viento y distancias, comprueba que ya hay gente en la banda de babor, y que a estribor todos están atentos para tirar y amarrar después de la virada.

—Allonsanfán —le dice a De Montety.

El segundo asiente y empieza a dar órdenes. Quellenec manda al timonel que orce a la banda, y mientras éste gana velocidad metiendo adentro la caña, ordena largar las escotas de los foques y acuartelar botavara. El siguiente cañonazo de la fragata, que orza de modo inquietante y empieza a virar también hacia ellos, cae al mar, corto esta vez, cuando la *Incertain* ya se encuentra en plena virada por avante, el viento abierto casi tres cuartas por la nueva amura, los foques flameando sobre el bauprés y los marineros a punto de cazar escotas a la otra banda.

—¡Diles aurevoir, Peyreguy! —le grita Quellenec al jefe artillero—... ¡Una andanada por el emperador!

Peyreguy se toca el gorro con un saludo vagamente marcial, comprueba que tres de los seis cañones de babor ya están listos, se agacha tras el cascabel de uno cerrando un ojo para apuntar, le quita de las manos el botafuego al jefe de la pieza, sopla la mecha, espera a que la cubierta suba con el siguiente balanceo, y aplica la brasa al oído del cañón. Bumb-raaas. No se ve dónde cae la bala, pero al menos el cañonazo indica que la balandra está dispuesta a escaquearse con la dignidad adecuada. La fragata inglesa, más lenta de maniobra con sus tres palos y todas las velas cuadras desplegadas, se va quedando primero por el través y luego hacia la aleta, con la lona dando zapatazos mientras busca el viento de la otra banda para iniciar la caza. Aún les da la popa cuando, bum-raas, bum-raaas, los otros cinco cañones de babor de la *Incertain* disparan a su vez, levantando remolinos de humo negro en la cubierta y penachos de agua junto al inglés.

—Largad el velaché y la escandalosé —le dice Quellenec a su segundo.

La fragata inglesa ya queda por la popa, y la balandra arriba proa al nordeste, alejándose. Mientras los hombres amarran a sotavento la maniobra de foques y botavara, los gavieros terminan de desplegar la gran vela cuadrada, que se extiende con restallar de lona al mismo tiempo que, abajo, los de cubierta bracean las vergas y trincan escotas y brazas. Raaaaca. El siguiente cebollazo de la fragata inglesa, que todavía se encuentra a media virada, abre

un agujero en el velacho, haciendo agachar las cabezas allá arriba a los gavieros que ahora trabajan en desplegar la escandalosa. Apenas abierta, la vela triangular atrapa el viento y hace escorar más la balandra. Quelennec, de pie en la popa, las manos en los bolsillos del casacón, consciente de la ojeada furtiva que le dirigen el piloto, el timonel y Manoló Coguegüevós, observa con fingida indiferencia la majestuosa escuadra británica que navega impasible, manteniendo el rumbo sursudoeste como si la escaramuza de su escolta con aquel inoportuno barquito no la afectara en lo más mínimo. Luego piensa que ojalá Berjouan haya contado bien el número de barcos, sin meter la gamba. Por si acaso, se vuelve hacia el guardiamarina Galopin y le ordena que apunte cuántos navíos de tres y dos puentes pueden verse, antes de que los pierdan de vista. Luego calcula mentalmente círculos, cuadrados y triángulos, catetos e hipotenusas: los movimientos de la fragata perseguidora, que justo ahora termina de virar, y los de otra que, algo más al norte, también parece querer unirse a la caza. La muy cochina. Pero la *Incertain* es rápida, y Quelennec se tranquiliza al sentirla navegar veloz y a todo trapo entre los últimos jirones de niebla, la botavara de la gran vela cangreja bien abierta, la afilada roda macheteando el mar, y todo eso al extremo de una estela de espuma blanca, larga y recta, en busca de la escuadra francoespañola. Con la noticia de que sir Horacio Nelson acude puntual a la cita.